

Miriam recibe a Momo en su casa.
Nada más despertarse le había enviado un mensaje.
En realidad no había dormido apenas.
Un par de horas, como mucho, pero se encontraba como nueva.
Tenía la sensación de acabar de renacer, y todo gracias a Leonardo da Vinci.
Incluso se diría que verdaderamente su rostro tenía cierta semejanza con la modelo del cuadro más famoso y enigmático del mundo.
De golpe, gracias a haberse convertido en artista de la noche a la mañana, todo lo veía diferente.
La vida era otra, más ancha, como un río que acaba de hacerle desembocar en un mar de nuevas inquietudes.
Ahora todo le interesaba millones de veces más que antes.
Era como si su espíritu se hubiera vuelto infinito en contacto con generaciones y generaciones de artistas.
Justo esa mañana había tenido varias revelaciones.
¡Quién decía los tiempos de Santa Teresa habían quedado atrás!
Ella misma lo creía hacía unas cuantas horas, y sin embargo todo lo que estaba experimentando le hacía sentirse una especie de mística amando con locura y devoción santos que antes no eran para ella más que imágenes vacuas.
Había pasado de ser atea del arte, a convertirse en una creyente en esa religión.
Para empezar, se había encontrado de frente con Lorca.
Miles de veces había pasado a su lado sin inmutarse.
Pues esta vez no.
Se había quedado paralizada frente a él, y entonces había comenzado a llorar.
Había corrido a abrazarlo.
Se diría que sentía su cuerpo palpar, como si se tratara de un Cristo resucitado.
Los franquistas, los intolerantes, la inquisición española, la frigidéz, la cruel ignorancia, los mismos que crucificaron a nuestro Señor, también habían segado con su ensangrentada guadaña la vida de aquel profeta.
Cuánta belleza, infinita, albergaban sus versos, preñados, como la Virgen, de verdad y bondad.
Y no sólo eso, sino que pasando por una tienda antigua de bellas artes y manualidades que tenía en el escaparate una reproducción de La maja desnuda y otra de La maja vestida, había descubierto algo singular.
Cientos de veces había pasado por allí y viéndolas, no había reparado en ello.
Sus rostros.
Goya, además de un genio, era un heredero directo del gran da Vinci.
La serenidad de la Gioconda se encontraba también en el rostro de la maja desnuda.
Su mirada, segura de sí misma, gozosa y confiada, se diría casi idéntica a la de su predecesora.
Mientras que la vestida parecía una ramera, una mujer pérfida, calculadora y a la vez temerosa, cobarde y pecadora.
Bueno, la cuestión de haber enviado un mensaje a Momo, y luego, al ver que no respondía, haberle llamado invitándole a su casa, tenía una razón.
Con ese hombre joven, modernito y artista, que trabajaba en la revista como diseñador gráfico, tenía contacto diariamente, pero nunca antes se había preocupado ni por mirarle a la cara.
Había llegado la hora de cambiar su actitud frente al género opuesto y volverse más tolerante con ellos, así que ahora, este día tan señalado, comienza a realizar su misión de apostolado artístico recibéndole en su casa.